

SUMARIO

Introducción	6
«Yo no fui a una escuela de cine, fui al cine.» Video Archives	10
«He hecho esta película para mí mismo, y está todo el mundo invitado.» <i>Reservoir Dogs</i>	28
«Pienso en ellas como antiguas novias.» <i>Amor a quemarropa, Asesinos natos y Abierto hasta el amanecer</i>	44
«Mis personajes nunca dejan de contar historias.» <i>Pulp Fiction</i>	64
«Simplemente se me echó encima.» <i>Four Rooms</i> y <i>Jackie Brown</i>	82
«En realidad, no me considero un cineasta estadounidense.» <i>Kill Bill</i> : Volúmenes 1 y 2	98
«El cine <i>slasher</i> es legítimo.» <i>Grindhouse</i>	114
«Mátalo y ya está, joder.» <i>Malditos bastardos</i>	128
«La vida es barata. La vida es sucia. La vida vale una moneda de cinco centavos.» <i>Django desencadenado</i>	142
«Es casi como si nunca hubiera hecho una película de época.» <i>Los odiosos ocho</i> y <i>Érase una vez en... Hollywood</i>	156
Notas	172



Arriba: John Travolta y Samuel L. Jackson en *Pulp Fiction*, protagonizada por mafiosos de Los Ángeles y un misterioso maletín.

INTRODUCCIÓN

«El latido de una película tiene que ser un latido humano...» *Quentin Tarantino*¹

A finales del verano de 1995, la prensa británica pudo ver por fin la segunda película de Quentin Tarantino. Fue entonces cuando finalmente entendimos con qué estábamos tratando. Todos habíamos oído los rumores, claro; era imposible no estar al tanto del alboroto que había rodeado la primavera anterior el triunfo en Cannes del exdependiente de una tienda de vídeos.

La verdad es que estábamos al tanto de que el fenómeno Tarantino estaba creciendo a ambos lados del Atlántico. Yo mismo había asistido a la famosa proyección de *Reservoir Dogs* en el Festival de Cine de Londres dos años antes, cuando una parte considerable del público se había levantado y se había ido, frunciendo los labios con disgusto cuando el Sr. Rubio sacó su navaja. El resto nos quedamos, pegados a nuestros asientos, horrorizados y cautivados.

Reservoir Dogs era especial, todos estuvimos de acuerdo. Pero nunca he estado en una proyección como la de la noche en que proyectaron *Pulp Fiction* en Londres. No se trataba del decoro silencioso propio de ir al cine, sino más bien de una oleada de adrenalina como la de un concierto de *rock*, la subida y caída inexorable de una montaña rusa o el subidón de una droga dura. Fue como una salvaje iniciación en una fraternidad (en *Alpha Geek*, que comenzó cuando Amanda Plummer empezó a agitar su arma como una loca), seguida por la ola embriagadora de las guitarras surfe-

ras de Dick Dale & The Del-Tones en «Misirlou» (la banda sonora permaneció imperiosa y vertiginosa en todo momento). Fue como si nos hubieran enchufado a la red eléctrica. El aplauso fue espontáneo.

Para cuando Vincent (en las aterrizadas manos de John Travolta) se preparaba para ensartar a Mia Wallace (Uma Thurman, con rostro pálido manchado de sangre y mocos de heroína) con una aguja hipodérmica que podría haber atravesado la piel de un rinoceronte, hubo gritos auténticos: aterrorizados, asombrados y emocionados, no por los efectos especiales sino por la mezcla de terror y humor. Nos reíamos muertos de miedo.

Esa noche, cuando nos fuimos, sentí como si nos hubiéramos despertado.

Desde la primera vez, la segunda, y desde entonces, Tarantino ha seguido siendo un artista que funciona por completo a su manera. No podría llevar a cabo una obra rutinaria ni aunque le pusieran una pistola en la cabeza.



Arriba: Quentin Tarantino conversando con Harvey Keitel durante el rodaje de *Reservoir Dogs*. Aunque fue su primera película, Tarantino nunca se sintió intimidado por trabajar con personalidades tan fuertes. Parecía llevar en su ADN una creencia férrea en sus dones como cineasta.



Solo podía ser Quentin Tarantino, impulsado por sus locuaces personajes.

Su historia se convirtió en un evangelio. De la noche a la mañana, pasó del mostrador de una extraña tienda de vídeos de Manhattan Beach, California, donde debatía acerca de clásicos del cine de culto y autores europeos, a convertirse en la más dinámica de las nuevas voces en llegar al cine desde Martin Scorsese. Por supuesto, fue mucho más complicado e interesante que eso, pero ya me entendéis. Hacía que se vislumbrase una posibilidad para todos los forasteros con esperanzas.

Esa es la clave del mito Tarantino: el optimismo que lo acompañó. Era el mesías de los *frikis* del cine.

La suya es una voz hecha a partir de películas. ¿Habrás visto todas las películas que se han hecho? Quizás no todas, pero seguro que se ha acercado. El celuloide corre por sus venas: córtalo con una navaja y sangrará películas.

El bueno, el feo y el malo sigue siendo su favorita de todos los tiempos (por ahora), pero está abierto a lo que sea, capaz de encontrar recompensas tanto en la basura más infumable como entre las obras más aclamadas.

Afortunadamente, ha sobrevivido a su propio culto; ha madurado, pero nunca ha cedido. Su octavo y último trabajo, *Los odiosos ocho* (2015), se encuentra entre sus mejores películas. Tarantino es una paradoja que Hollywood todavía no puede comprender. Un matrimonio hecho de arte y comercialidad; basura y humanidad; violencia y risa. Historias que se elevan por su propio artificio, pero que parecen algo real. Su don consiste en fusionar las ilusiones del cine con los ritmos de la vida para ver qué sale de ello.

La deformación de géneros populares siempre ha sido su forma de entrar en una historia, y su canon ha cubierto el crimen, el terror, el *western* y las pelis de guerra (con sus respectivas subdivisiones). En realidad, sin embargo, se trata de películas sobre la locura humana y lo que nos une y nos separa; sobre comunicación, lenguaje, violencia, raza, ética del inframundo y furia justa; sobre reinventar la forma y bailar con el tiempo; y sobre ese singular acertijo conocido como Estados Unidos.

A diferencia de muchos otros cineastas que luchan por elaborar su proceso creativo, en las entrevistas Tarantino resulta apasiantemente claro. Con cada respuesta parece que esté citando de una biografía ya escrita en su cabeza. Nadie sabe tanto sobre Tarantino como el propio Tarantino. Se trata de un ego que cae como una cascada y con una fuerza sin igual.

Sin embargo, cuidado: también es un automitificador, lo que es parte de la diversión. Este libro no es solo una celebración de su carrera, sino un intento de descifrar los chorros incontenibles de sus respuestas, así como todas las influencias y conexiones que encajan y se bifurcan en una producción que es todavía relativamente compacta.

Lo que es indiscutible es que predica con el ejemplo. Buscando la controversia con cada nueva incorporación a su obra (y desestimando cansadamente las acusaciones de violencia, racismo y contaminación moral en general, pues sus trabajos son engañosamente éticos), ha creado algunas de las películas más importantes e inolvidables de los últimos veinticinco años.

Citando a *Pulp Fiction* y al siempre inquisitivo asesino a sueldo de Travolta, Vincent, «Joder, este batido está riquísimo».²

Vayamos ya a por el personaje.

Derecha: Uma Thurman, como Mia Wallace, y su «batido de cinco dólares». Fue el éxito de *Pulp Fiction* lo que confirmó que Tarantino no era flor de un día, sino un revolucionario que casó el arte y la comercialidad de una manera a la que se ha mantenido fiel a lo largo de toda su carrera.



«YO NO FUI A UNA ESCUELA DE CINE, FUI AL CINE.»

Video Archives

¿Por qué Quentin es Quentin? La respuesta es simple y reveladora. Al final de su embarazo, Connie Tarantino –en adelante, la temible «Connie»– se enganchó a la serie *La ley del revólver*, un *western* en el que salía un joven Burt Reynolds en el papel de Quint Asper, un herrero medio comanche que apareció durante tres temporadas. Connie es mitad cherokee, un hecho que aportaría un aura de misterio a su extraordinario hijo, pero que ella tachaba de «sensacionalismo».¹

Es de «Quint», sin embargo, le sonaba un poco demasiado informal, y la lectura de *El ruido y la furia*, de William Faulkner, la llevó a un nombre similar pero más respetable, «Quentin», el nombre del hijo inteligente, introspectivo y algo neurótico del clan protagonista, los Compson. De modo que Quentin se convirtió en Quentin gracias a una mezcla de alta y baja cultura: una serie de televisión hortera combinada con una gran novela estadounidense de gran variedad de personajes y voces. Tanto Connie como muchos de sus primeros amigos lo conocerían, sin embargo, como «Q».

Connie tenía solo dieciséis años cuando Q llegó al mundo, pateando y gritando, el 27 de marzo de 1963, en Knoxville, Tennessee, donde pasó los dos primeros años de su vida. A raíz del éxito de *Reservoir Dogs*, surgieron varias historias exóticas que describían una infancia difícil con un abuelo pueblerino que dirigía un negocio ilegal de licor. Aún en pañales y ya estaba en el lado equivoca-

do de la ley. Connie tendría que disipar esos rumores.

Tarantino no tiene ningún recuerdo de Knoxville y nunca conoció a sus abuelos. Esa pátina de Huckleberry Finn mencionada en sus primeros retratos no era más que una fantasía de los periodistas, aunque cuando Dennis Hopper lo describió más tarde como «el Mark Twain de los 90»² no se equivocó tanto. Ambos son grandes narradores estadounidenses con una comprensión vívida y, a veces, controvertida del idioma estadounidense.

Según la sarcástica Connie, el arquetipo para tipas duras como Jackie Brown o Beatrix Kiddo de *Kill Bill*, Tarantino solo nació en Tennessee porque, a falta de una mejor razón, ella decidió ir a la universidad en el estado donde nació.



Arriba: Burt Reynolds como el medio comanche Quint Asper, posando con el elenco del *western* televisivo *La ley del revólver* en 1963. Connie, la madre de Tarantino, se había enganchado a la serie durante su embarazo, lo que quizás a su vez influyó en el bebé.





Izquierda: Las series de televisión que Quentin Tarantino veía con avidez cuando era niño sentaron las bases de su arte. Sus favoritas han servido de referencia, y de inspiración, a lo largo de su filmografía. El hecho de que David Carradine protagonizara *Kung Fu* influyó en su elección para *Kill Bill*, además de mencionarse directamente la serie en *Pulp Fiction*.

Derecha: Burt Reynolds engatusando a Sally Fields en *Los caraduras II*, la franquicia que inspiró el primer intento de Tarantino de escribir un guion a la edad de catorce años. Lo llamó *Captain Peachfuzz and The Anchovy Bandit*, y trataba de unos antihéroes que hablaban de forma inteligente y atracaban pizzerías (el proyecto sigue sin materializarse).

Connie había tenido una infancia itinerante (nació en Tennessee, se crio en Ohio, estudió en California), y se había casado no por amor, sino para convertirse en una menor emancipada (rompiendo los lazos legales con sus padres). Fue, dijo, «algo liberador».³ Tony Tarantino, un actor a jornada parcial y estudiante de derecho, cinco años mayor que Connie, no estuvo con ella demasiado tiempo. De hecho, ni siquiera supo que había tenido un hijo. El matrimonio terminó tan pronto como ella descubrió que estaba inesperadamente embarazada: «Me dijo que no podía tener hijos»,⁴ explicaba irritada.

Al terminar la universidad, Connie huyó de regreso al sol y la libertad de Los Ángeles, instalándose en la expansión urbana del área de South Bay, cerca del aeropuerto, primero en El Segundo y después en Torrance, donde echó raíces finalmente. Si bien eran lugares multiculturales, se trataba de barrios acomodados de clase media, algo que Connie quería dejar claro a los buscadores de la leyenda de Tarantino. Allí, Connie consiguió en poco tiempo hacerse una buena carrera en la industria del cuidado de la salud. Bonnie, la esposa del quisquilloso Jimmie en *Pulp Fiction*, interpretado por el mismo Tarantino, es una enfermera, en otro claro *hommage à maman*. En otras palabras, el pequeño Quentin no pasó hambre ni tuvo que endurecerse en las calles de South Central.

Connie siguió siendo la única presencia dominante en la educación de Tarantino,



su brújula moral y eterna defensora. Se volvió a casar varias veces con hombres poco de fiar. Primero con el músico local Curtis Zastoupil, quien adoptó al joven Quentin, por lo que, a los veinte años, Tarantino se llamaba Quentin Zastoupil. Connie decidió entonces agregarle Jerome como segundo nombre, solo porque le encantaba cómo quedaban las iniciales «QJZ». El propio Tarantino consideró en cierto momento la posibilidad de usar «Quentin Jerome» como nombre artístico.

El joven Tarantino se juntaba con la cuadrilla de músicos de su padrastro Curt, escuchándolos bromear animadamente sobre nada en concreto. Incluso siendo un niño pequeño, había captado el poder innato de la blasfemia, y Connie suspiraba al recordar que su hijo de tres años respondía desafiante

«¡Una mierda!» a cada petición que le hacía. Una vez incluso recurrió a lavarle la boca con jabón. No sirvió de nada: Quentin se limitó a sonreír.

Era raro que se moviera de delante de la tele, empapándose de películas y series como *Kung Fu* (que, por supuesto, protagonizaba David Carradine) o *Mamá y sus increíbles hijos*. Tenía una asombrosa facilidad para recordar, y comenzó a acumular un tesoro de recuerdos de la cultura pop. En *Pulp Fiction*, la primera vez que vemos al joven Butch Coolidge (el personaje de Bruce Willis) está pegado a la pantalla como un niño zombi viendo la espeluznante serie de dibujos de los años 50 *Clutch Cargo* (que el director recordaba haber visto).

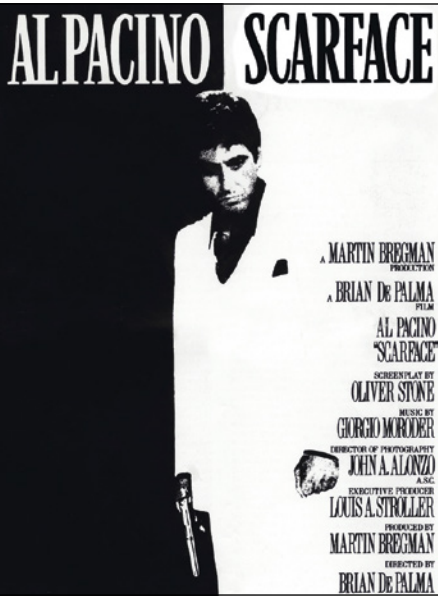
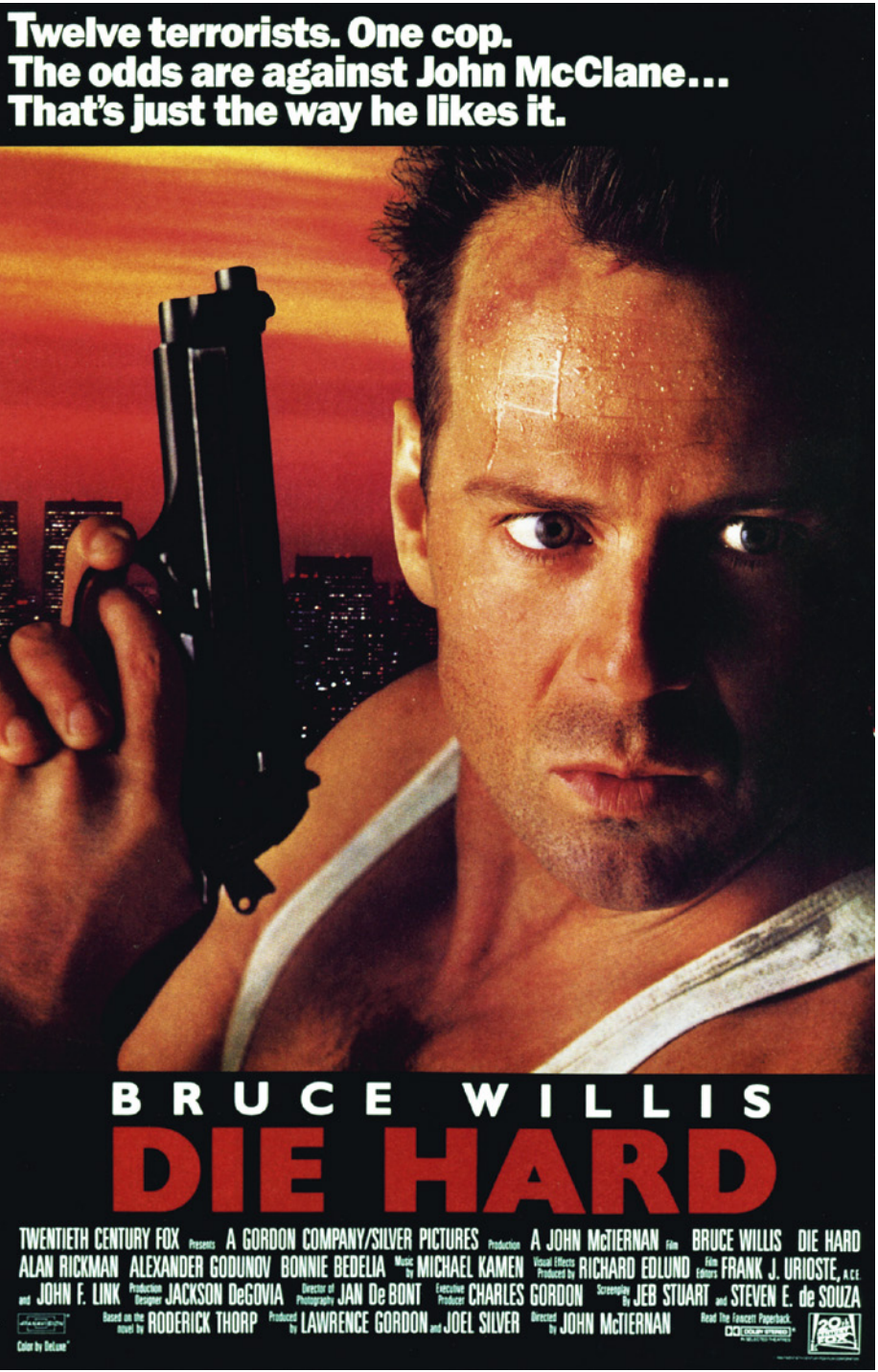
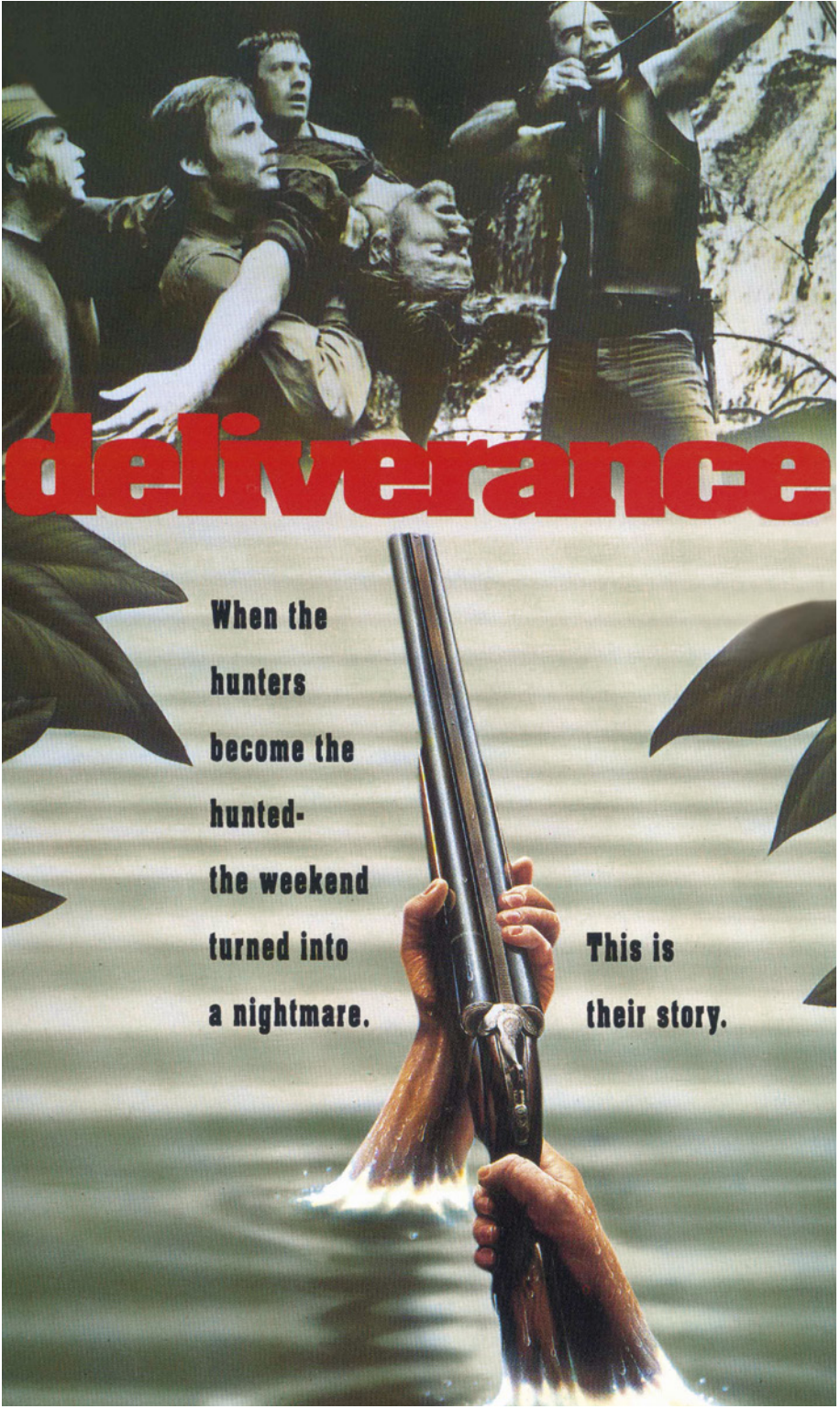
Connie oía toda clase de maldiciones e insultos resonando a través de la puerta

del dormitorio del joven Quentin y, cuando irrumpía en él, se lo encontraba recreando escenas con su colección de muñecos G.I. Joe, alegando que no era culpa suya que hablasen tan mal, que era solo la forma en que se expresaban sus personajes. A los catorce años había experimentado escribiendo su primer guion, *Captain Peachfuzz and the Anchovy Bandit*, una especie de versión de la comedia de acción de Burt Reynolds, *Smokey and the Bandit*, con persecuciones de coches, argot de radioaficionados y héroes que asaltaban pizzerías.

En lugar de pagar a una canguro, Connie, de mentalidad liberal, lo llevaba con ella a ver cualquier película que fuese a ver. El sistema de clasificación estadounidense permitía a un niño de cualquier edad asistir a un pase de una película con clasificación R (teóricamente para mayores de 18 años) siempre que un adulto lo acompañara.

«Defensa (*Deliverance*) me asustó de la hostia»,⁵ recordaba. La había visto en el Tarzana 6 en un programa doble junto a *Grupo Salvaje*. Solo tenía nueve años y no tenía ni idea de que el personaje de Ned Beatty estaba siendo violado en el momento más impactante de *Defensa*, pero la imagen, no obstante, quedó grabada en su prodigiosa memoria. El tercer marido de Connie, Jan Bohusch, era un verdadero adicto al cine. En un viernes cualquiera podía llevar al ansioso Tarantino a ver una película a las tres, las seis, las ocho y a medianoche. Juntos vieron *Aliens*, *La jungla de cristal*, la saga de *El Padrino* y películas de Brian De Palma como *El precio del poder* (*Scarface*) y *Doble cuerpo*.

Derecha: *Defensa*, la clásica y violenta historia de John Boorman sobre unos turistas de ciudad atacados por los leñadores locales durante sus vacaciones, causaría un gran impacto en un siempre impresionable Quentin Tarantino. Especialmente porque Connie, de mentalidad liberal, lo llevó a verla cuando solo tenía nueve años.



Arriba e izquierda: Un trío de experiencias cinematográficas impactantes que Tarantino tuvo con el tercer marido de Connie, el fanático del cine Jan Bohusch. *La jungla de cristal*, con quien tiempo después sería una de las estrellas de *Pulp Fiction*, Bruce Willis; *El precio del poder*, dirigida por Brian De Palma; y *Grupo salvaje*, cuya masculinidad decadente puede reconocerse en *Reservoir Dogs*.